

RAY EN SEGURIDAD

Boletín Semanal



Corrupción y decadencia de las democracias

La corrupción es el paso de entrada para disolver las democracias y transformar el Estado de Derecho en el reino de la Pax Criminal.

Este mes de noviembre se publicó un *Position Paper* de Transparencia Internacional con algunas recomendaciones para contener, desestimular y en esencia, acabar con la corrupción, que al igual que otros fenómenos humanos, también se ha globalizado. En el documento se plantean tres acciones muy puntuales:

- Depurar los Estados y los sistemas financieros de dinero producto de la corrupción, con el fin de detener la complicidad en el blanqueo de capitales y reputaciones.
- Disuadir y sancionar los actos de corrupción de empresas transnacionales y de funcionarios públicos que utilizan las ventajas de la globalización para mover capitales.
- Apoyar a activistas anticorrupción, organizaciones de la sociedad civil, denunciantes e investigadores alrededor del mundo.

Es evidente que estas no son las únicas medidas para detener el delito de la corrupción, pero pueden contribuir decididamente a reducirlo. Todo pasa, sin embargo, por la primera condición de un sistema de control de riesgos, y se trata de crear conciencia de las magnitudes de los daños que la corrupción genera en los países, sus instituciones y su población.

No se trata exclusivamente de un asunto de leyes y sanciones, la corrupción tiene la capacidad de aflojar los soportes de las estructuras del Estado, que una vez afectadas, se transforma en una fuerza difícil de contener si no se asume como política y práctica, no sólo de los líderes sino de los ciudadanos.

La crisis global de la democracia acentuada por la pandemia hace a los Estados aun más vulnerables a la corrupción, y que frente a las crecientes amenazas autoritarias que se extienden por el planeta, se constituye en un riesgo inminente y de atención especial, que ya no sólo debe ser abordado desde las cúpulas del poder, sino que se ha convertido en un asunto del ciudadano, que a su vez es la víctima más frágil de todo el sistema.

Como lo señala el informe de Transparencia Internacional: *"En estos países con tales déficits, las redes de la corrupción trabajan en todos los niveles institucionales, conectando funcionarios públicos con sectores privados inescrupulosos y sindicatos del crimen para desarrollar esquemas de corrupción, que a menudo involucran los activos de las naciones y a funcionarios de alto nivel"*. Por su parte, los sistemas de justicia y electorales están tan debilitados que no están en condiciones de rendir cuentas, mientras que las voces independientes se ahogan, las personas se ven privadas de oportunidades económicas y terminan sumidos en la pobreza y sin servicios públicos básicos.

La función de seguridad tampoco escapa al reto de disuadir la corrupción y depurar a las organizaciones, es una responsabilidad compartida en todos los niveles de empresas e instituciones, que deben conseguir al líder del área debidamente capacitado para afrontar la complejidad del fenómeno.

EN ESTE NÚMERO:

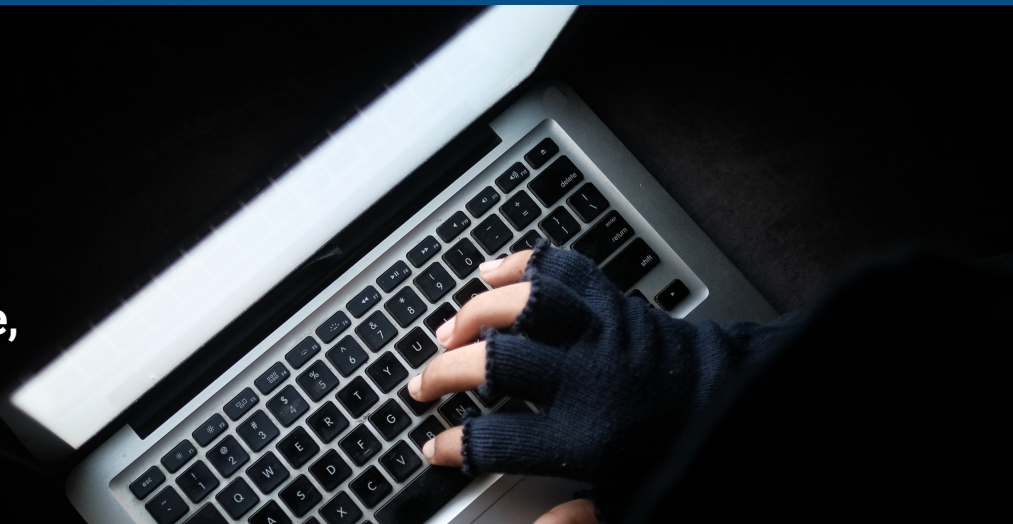
Corrupción y decadencia de las democracias

El crimen no se detiene, sólo se adapta para sobrevivir



Textos de Alberto Ray S.
albertoray.com
Reservados todos los derechos

El crimen no se detiene, sólo se adapta para sobrevivir



No es un secreto que durante el último año el delito ha mutado del mundo físico al ciberespacio. Es una conclusión de lo obvio, porque la pandemia ha mantenido a la gente retirada de las calles, que es el espacio natural del delincuente provocando que este busque otros terrenos para el crimen.

Vale aquí una observación, no todos los delincuentes se convertirán en cibercriminales, ni el delito común va a desaparecer, a pesar de que aparezcan nuevas prácticas del crimen. Lo importante es entender que, así como la pandemia aceleró y cambió irreversiblemente las formas de trabajar, hacer las compras o las dinámicas familiares, también modificó los riesgos a los que estamos expuestos, y si no lo asumimos y nos hacemos conscientes de ello, podemos terminar mucho más vulnerables de lo que éramos antes del virus.

Las nuevas posibilidades de la vida online son también nuevas oportunidades para el delincuente, más aún porque en el ciberespacio pudiéramos no tener suficientemente desarrolladas nuestras capacidades para identificar y evitar amenazas. Todos, de alguna manera hemos aprendido a detectar peligros en la calle y, hasta cierto punto, a esquivarlos. En internet, sin embargo, las cosas no son tan evidentes. Primero, porque las amenazas usualmente se enmascaran haciéndose en apariencia inocuas y segundo, porque las posibilidades infinitas del mundo virtual hacen que el peligro sea anónimo, por lo que resulta muy complicado identificar preventivamente a un potencial agresor.

Hoy, gran parte de nuestras interacciones con quienes nos rodean quedan registradas en los múltiples chats que mantenemos abiertos. Hemos llegado al extremo de nunca borrarlos, pues sirven de repositorio de memoria y bitácora de la vida cotidiana. A través del WhatsApp u otras aplicaciones, cualquiera de nosotros pudiéramos perfilar con precisión quiénes somos, qué tenemos, dónde vamos, con quiénes nos comunicamos y hasta qué emociones experimentamos. Pero, esto no se queda allí, porque esa misma vulnerabilidad la hacemos pública a través de las redes sociales, dónde una vez colgada en línea, se propaga sin control.

Ya éramos vulnerables en la vida pública de las calles, a pesar de los esfuerzos por crear consciencia situacional, ahora, lo somos aun más en las comunidades virtuales donde habitamos en simultáneo en cada teléfono de quienes nos mantienen 24 x7 activos en sus múltiples chats y redes.

Algunos pensarán que en la virtualidad nos libramos de las agresiones físicas y estamos “protegidos” por el anonimato de las redes. Es posible, pero tampoco es garantía de que no seremos víctimas de robos, extorsiones, daños reputacionales y acoso. Todos, riesgos con consecuencias tangibles y que pueden afectarnos material y emocionalmente.

Otra amenaza que ha quedado aún más expuesta en estos tiempos de pandemia es la violencia doméstica, que además ha venido acompañada del incremento en las agresiones contra personas y propiedades en grandes ciudades del continente, atribuida, en parte, a los prolongados encierros.

En todo caso, el delincuente no descansa y el crimen no se detiene, sólo se adapta ágilmente para sobrevivir cuando las condiciones les son adversas. Es la conducta típica de las especies ante los grandes peligros del entorno.

De alguna manera, los ciudadanos tenemos mucho que aprender de nuestra propia naturaleza humana y entender que aquello que en algún tiempo nos funcionó para vivir más protegidos, hoy quizás haya perdido efectividad y debamos modificarlo. Para la seguridad, lo único permanente son sus valores.



RAY en Seguridad

Apoya los contenidos de
Albertoray.com

Ko-Fi.com/Albertoray